

Oralidad y Comunicación 15

Número 15, Año 4, Agosto - Octubre 1999

| Número del mes | [Anteriores](#) | [Contribuciones](#) | [Sobre la Revista](#) | [Sitios de Interés](#) | [Directorio](#) | [Ediciones Especiales](#) |

UN CAMPESINO POR DENTRO

Por: Rafael Baraona

Biblioteca Conmemorativa José Ma. Arguedas, Chile

Acalladas las ruidosas despedidas al año que terminaba o que saludaban el que nacía, subimos a la azotea de la casa de don Matías F. en San Andrés de la Cal, estado de Morelos, México. Eran las tres de la mañana del primero de enero de 1987, y a esa hora nos encontrábamos ya en el mes de marzo.

Don Matías, campesino conocedor como pocos, iba a iniciar sus observaciones para pronosticar el tiempo del año que empezaba, mediante el procedimiento llamado de las cabañuelas. Definidas por la venerable *Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-Americana* (Espasa-Calpe) como "Cálculo o suposición puramente fantástica. (subrayado de RB) por el que se pretende pronosticar el tiempo que hará en cada mes, rigiéndose por el que hace en los primeros doce días, o deduciéndolo de las variaciones meteorológicas acaecidas en los veinticuatro días del mes de agosto anterior".

Para Mircea Eliade el sentido es algo diferente: "Los doce días que separaran Noche Buena de la Epifanía (6 de enero, RB) siguen siendo considerados como una prefiguración de los doce meses del año, debido a que el año nuevo repite el acto cosmogónico. Los campesinos de toda Europa no tienen otras razones cuando determinan el tiempo de cada mes y su ración de lluvia por medio de los signos meteorológicos de esos doce días" ¹.

Aclaremos que en virtualmente toda América², el periodo clave para el pronóstico de las cabañuelas no se sitúa en agosto sino en los últimos días de diciembre y/o los primeros días de enero, y el ciclo completo es también de 24 días. Algunos campesinos, como don Matías, realiza sus observaciones en las 24 horas del primer día de enero. Para otros, más expeditos, la primera hora del año es dividida en doce unidades de cinco minutos cada uno, lo que consideran suficiente para sus pronósticos.

En todos los casos que conozco, se mantiene la costumbre de repetir las observaciones inmediatamente después del primer ciclo de doce unidades. Este segundo periodo, llamado redoble en Chile, se reinicia en orden inverso desde diciembre para terminar en enero. De esa manera, por ejemplo, abril y octubre, que en el primer ciclo equivalen a la cuarta y décima unidad de observación en el redoble, corresponden a la novena y tercera, respectivamente. Situación que, aunque busca perfeccionar las predicciones del primer ciclo, genera asimismo diversas dificultades para el observador, al homologar dos veces un mismo mes con unidades de observación diferentes. Sin embargo, los meses claves para el pronóstico de lluvias, junio y julio, experimentan un mínimo de desplazamiento de un ciclo a otro: posiciones 6/7 en el primero, y 7/6 en el redoble.

La preferencia por enero parecería indicar que nuestros campesinos de América Latina serían más fieles al mito del "eterno retorno" iniciado cada año nuevo. Los campesinos españoles, según Espasa, lo serían respecto al solsticio de verano boreal. Oportunidad señalada en las más diversas culturas, recordada entre nosotros con los ritos de la noche de San Juan.

Más bien pensamos que estas elecciones responden a simple pragmatismo campesino. Las fechas establecidas para las cabañuelas deben coincidir con un instante parteaguas del año, previo al acaecer de los fenómenos climáticos que se intenta predecir: lluvias, granizo o canículas prolongadas, aquellos que más incidirán en los cultivos. De esa manera, se produce una coincidencia entre los campesinos de México y Centro América y los de Chile mediterráneo. Las lluvias se esperan, para ambos casos, a mediados de año, verano boreal e invierno austral, respectivamente.

Para sus observaciones, Don Matías ha delimitado o circunscrito espacialmente un entorno visual: "desde donde yo piso hasta donde yo miro". Define así un territorio o comarca con foco en un área crítica: su comunidad y sus campos. El volcán Popocatepetl, diversos rasgos del relieve, y los puntos cardinales son las referencias para localizar sus observaciones, remitidas todas a fenómenos atmosféricos: nubes que identifica por sus nombres cultos, los colores cambiantes de éstas, vientos, y esos más elusivos aires.

Pero sus percepciones no son sólo visuales, sino que ha ejercitado la sensibilidad de su piel hasta hacerla receptiva a los más leves cambios de temperatura o de los aires. Registra variaciones en estos elementos que el observador que lo acompaña apenas advierte. Y debe ser capaz de hacerlo. ¿De qué otra manera ajusta la relación entre una dinámica que se produce en una hora para leer los signos que busca, y deducir lo que sucederá en un mes completo?

Como decíamos, el sentido de la vista, la visión, es el más importante y se refleja en su lenguaje. El término más usual es "pintar" o "pinta", verbo o sustantivo. Las Pintas es precisamente el nombre que se da en Costa Rica a las cabañuelas. Don Matías se expresa así: "El mes de agosto (8 AM, RB), va a hacer un poco de viento, porque las nubes se vieron muy rasgadas y también pintó que otra vez va a acaecer, sí, mucho granizo. Se pintó por acá, por el lado norte". "Si se observa un poquito el volcán, pintaba como luminoso, nos hemos fijado varias veces que cuando eso pasa, pinta muy buen tiempo". De paso, para este campesino como para otros, buen tiempo significa el óptimo deseado para una oportunidad, tarea o fecha determinada.

La exigencia de concentrar o agudizar las observaciones varía según el mes. Algunos, enero o febrero, no se consideran determinantes, pueden incluso ignorarse. La concentración es más intensa cuando de meses de lluvias o de temporal se trate. Asimismo, otros momentos críticos para los cultivos.

Las pintas pueden interpretarse de manera diferente según los meses: nubes que en un mes auguran granizo pueden indicar lluvias leves en otro. El redoble implica también lecturas con códigos diferentes.

En términos ecológicos don Matías está modelando, frente a nosotros, los componentes de un paisaje y su dinámica: el ecosistema campesino, que es, por sobre todo, una construcción cultural. Se trata de una totalidad percibida que engloba los procesos y factores naturales o ambientales, los pobladores y la cultura local, que acuerpa don Matías. Esta cultura establece, en sus propios términos, como se percibe y discrimina entre lo que es recurso aprovechable o descartable para sus estrategias productivas.

En unas pocas horas él repasa los factores que son para él significativos, aquellos que juegan un papel en su empresa como productor. Está pensando siempre desde las exigencias de sus cultivos y de la localización de sus campos. Su cultivo principal, básico, es el maíz. Es así como su percepción no es neutral sino siempre sesgada.

Escarbando en las expresiones de don Matías aparecen los fundamentos de un corpus de conocimiento, fundado en considerable dependencia de los factores climáticos. En esta comunidad el riego es limitado, se depende del temporal que es uno de los sistemas agrícolas que requiere mayor base de *espartizaje*, tanto del medio ambiente como de los aspectos más cualitativos de la tecnología. En casi toda América el secano o el temporal exige campesinos conocedores. El regadío, con su base de ingeniería simple o avanzada, restringe las exigencias del conocer la naturaleza. Por contraste, aquellos que viven o sobreviven bajo el imperio de la incertidumbre y la variabilidad, precisan saber más y saberlo todo el tiempo. Y, por ende, intentar el augurio o el pronóstico.

Limitadas sus observaciones al horizonte visual, reconoce que ciertos fenómenos atmosféricos, por su escala, origen o desplazamiento, no pueden ser pronosticados en las cabañuelas. " Yo lo vi desde las cabañuelas que otra vez mayo y junio no van a traer mucha agua...solamente que pueda atravesarse algún ciclón, eso sí no se puede pronosticar...es allí donde se puede variar un poco esto de las cabañuelas".

Destaquemos algunos rasgos del proceso intelectual involucrado en las cabañuelas. Por ejemplo, el ejercicio de mantener simultáneamente en la mente dos escalas de tiempo: de las observaciones y aquella del mes que se intenta pronosticar. Pero la complejidad radica en las diferencias de contenido entre ambas circunstancias que son retenidas o fijadas en la memoria. Las cabañuelas se observaron, en el caso que estamos narrando, durante un día de enero, en que sólo se presentan los rasgos climáticos que son propios de ese mes, habitualmente sin lluvias. Lo más destacable es el ascenso de la temperatura y su progresiva disminución a partir de las primeras horas de la tarde. Nada comparable a la progresión y variación a lo largo de un año. Por ejemplo, las seis de la mañana y después las siete de la tarde, son homologadas con el crítico mes de junio. ¿Qué poseen en común estos referentes respecto al mes que homologan? Éste es asunto a descubrir por el campesino que practica las cabañuelas.

No he tenido oportunidad de sistematizar los códigos de don Matías. Sí he confirmado que éstos tienden a ser propios de cada observador. Si es un hombre que realmente observa, comienza aprendiendo los rudimentos de otro campesino mayor, más experimentado, e irá desarrollando sus propios códigos, a lo largo de toda una vida.

En el área que tiene como centro a Tepoztlán las consultas que los campesinos hacen a las cabañuelas poseen bastante en común, difieren, sin embargo, las respuestas. Y los elementos de juicio para educirlas.

Aunque los pronósticos de las cabañuelas sean tema de pláticas entre campesinos, en lo fundamental, son referencias muy personales, válidas para los planes del propio observador.

La individualidad es el alto grado de expresión personal en los códigos de interpretación, confirma que el locus de lo que tratamos de entender está en el hombre, no en el sistema.

Independientemente de los orígenes de las cabañuelas en el más remoto Oriente u Occidente, estamos más interesados en entender a algunos campesinos que, enfrentando problemas contemporáneos, se hacen cargo de un elemento cultural tan arcaico y persistente. Buscamos entender el cómo lo interpretan y utilizan, y las dificultades que hoy enfrentan. Respetables abordajes limitados a lo erudito o desde el ángulo restrictivo del folclore, poco nos ayudarían para nuestros propósitos de entender campesinos.

Afinaremos así el enfoque en campesinos activos y actuantes, en cuanto portadores y usuarios de cultura, que ponen en primer plano, para nuestro escrutinio, una instancia clave de la intersección de historia, naturaleza y cultura al interior de nuestras sociedades.

Es perfectamente lícito, obvio incluso, preguntarse cuán confiables son los pronósticos de las cabañuelas. Sin embargo, no es en sí una pregunta muy significativa, aunque abra varias puertas. Las respuestas serían múltiples, aunque tentativas, todas referidas, como acabamos de afirmar, más al hombre que al sistema. En todo caso, los campesinos que las practican le tienen mucha confianza a sus cabañuelas. He recogido expresiones en el sentido que el tiempo ya no es de confiar, que hoy ya no se puede pronosticar. Pero las cabañuelas siempre fueron confiables, insisten.

Hoy en día la naturaleza parece infiel a sus propios indicadores. Que la naturaleza ya no es la misma antes, es expresado de diversas maneras por los campesinos de la región. Frente a la proliferación de enfermedades y plagas de los cultivos, como también el efecto inesperado de precisamente los insumos que se recomiendan para combatirlas, los pronósticos limitados a lo meteorológico pueden resultar insuficientes, pues estas alteraciones agregan nuevos riesgos.

Estos fenómenos, propios del "progreso tecnológico", son tan recientes que no han sido suficientemente internalizados por los campesinos y generan una suerte de doble indefensión. Carecen éstos de medios propios, probados por su propia pesquisa para enfrentarlos y deben aceptar, entendiendo a medias, las instrucciones de los vendedores de estos insumos. Además no siempre cuentan con los medios para aplicarlos en la dosificación recomendada, Y tampoco se les instruye sobre ciertos efectos residuales o colaterales de empleo. Sobre todo los que afectan una biota silvestre que les proporcionan tantas señales útiles.

Que esta "nueva naturaleza" sufre un impacto antropogénico intensificado, desde una cambiante sociedad, es algo que no escapa a los campesinos. Lo descubren día a día, sin necesidad de noticiarse por la prensa o la televisión. A lo mejor en la prospección de estas percepciones tenemos otra frontera para los estudios campesinos; mirar y remirar la sociedad global, desde las también cambiantes ópticas campesinas. Y bien necesitados que estados de abrir nuevos frentes de avance.

Los campesinos que practican las cabañuelas tienden a ser observadores natos y persistentes de su entorno. "Desde mucho tiempo atrás, me gusta preguntar las cosas que se van suscitando dentro de la vida (...) Aparte de que es muy grande mi fe y creo mucho en el Señor, también creo en las observaciones del tiempo (...) Hay muchas cosas que se necesitan sinceramente ver.. así me he dado cuenta yo de muchas cosas... como nos lleva el tiempo para no fallar, pues parece mentira, será bendición de Dios pero yo nunca he fallado al tiempo. Yo nunca me he quedado sin mazorca".

Para pronosticar el tiempo del año que se inicia, las cabañuelas son un referencia crucial pero no única o excluyente. El tiempo y otros fenómenos son registrados cuidadosamente, a lo largo de todo el año, por don Matías. "En el transcurso o tiempo de los hechos, hay muchas señales. Ciertos pájaros que cuando cantan anuncian que va a llover, tienen que cantar tres días consecutivos; va a venir un tiempo bien cargado de aguas. Hay otro pajarillo que es chico, que empieza como a revolotear y como que se va elevando y como va subiendo, va cantando. Entonces es que va hacer ciertas lluvias". Aves, insectos, la conducta de los animales domésticos, retoño temprano o tardío de ciertas plantas, el color de los cerros, nada escapa a la mirada atenta de don Matías.

La reducción de la biodiversidad tan lamentada por todos adquiere una nueva dimensión cuando pensamos en la pérdida de tanta señal que el campesino reconoce para enfrentar los elementos y sobrevivir. Pero los indicadores de don Matías no son simples síntomas del avance del tiempo, todos contienen para él algún sustento para la predicción, aunque de corto plazo. Es así como intenta, a lo largo de todo el año, adaptar e incluso corregir sus pronósticos iniciales de las cabañuelas. No es de extrañar entonces que él, campesino sabio y sagaz, pueda asegurar con toda confianza y veracidad que nunca se ha equivocado. Aunque no siempre pudo realizar a cubilete sus planes productivos.

Sobre "el terreno"

Una experiencia como ésta, el observar a don Matías durante las cabañuelas no podría extraerse, con igual provecho, de la lectura, sino de lo que llamamos habitualmente trabajo de campo (*Field work*), o simplemente "el campo" o "el terreno". Que esta experiencia llegue a ser inolvidable, qué duda cabe, pero muchas otras instancias vividas o leídas, también lo son.

Por su propia naturaleza, la experiencia de terreno: observar, con todo lo que esto implica, asimismo escuchar, distinguiendo no sólo lo cierto de lo dudoso, sino captando además los matices, las vacilaciones y certezas de nuestro interlocutor, es algo que en verdad vivimos. Es siempre multisensorial, como la vida misma. Un aprender o conocer diferente de la lectura, entre otros motivos, porque es necesariamente mezclado o impuro, receptor de una casi agresión al orden disciplinario por nosotros establecido. No podemos evitar el impacto de esa realidad supradisciplinaria, pues en esos términos penetra en nuestra conciencia e igualmente en el subconsciente.

En el terreno, y sin pretenderlo deliberadamente, nos colocamos frente a nuestro sujeto interlocutor en una posición equivalente a la suya. Aceptamos en principio, el carácter supradisciplinario de su existencia. Aunque no siempre logremos darnos cuenta de todo lo que eso implica. Si bien esto le sucede a cualquier persona observadora, para nosotros contiene la exigencia de someter estas impresiones a un proceso de ordenamiento y discriminación, propio o característico de las exigencias de nuestras disciplinas académicas.

Pero la realidad campesina sigue siendo con tozuda persistencia, supradisciplinaria. Es cierto que nos permite extraer las parcialidades de nuestras vocaciones o curiosidades. Eso es todo. Ha ido quedando pendiente tal vez para nunca la emergencia y legitimidad de una "campesinología", basada en el reconocimiento de lo supradisciplinario de esa realidad. Aplicamos encuestas de todo tipo en terreno, pero el aprehender el trasfondo que subyace las respuestas, pasa a la memoria de cada uno de nosotros como una suerte de reserva. El cómo conformamos esa reserva de memoria puede ser clave para diferenciar a unos estudiosos de otros.

Es tentador y también lleno de riesgos, desbrozar o desyerbar prematuramente lo percibido en el terreno. Armados de nuestros instrumentos o de nuestros prejuicios disciplinarios nos vemos obligados a separar el grano fértil para nosotros, aquello que consideramos pertinente o significativo, del resto desestructurado de lo percibido.

Que estas placenteras experiencias de terreno no se olvidan fácilmente es algo que todos sabemos. Como estamos sugiriendo, proporcionan el material para los juegos de la memoria, sus buenas o malas pasadas en el contrapunto entre olvido y retención. De lo visto y oído en el terreno, como buenos académicos, esperamos ir más allá de lo anecdótico rememorado con deleite. Y seleccionar lo que rinda para que lo que intentamos desintrincar, aquello que contribuya a desarrollar nuestro esperimento.

Recapitulación

De observar a don Matías derivan múltiples provechos. Por ejemplo, lo que infrecuentemente tenemos el privilegio de captar: una visión ordenadora del ser campesino y su entorno, que nos será revelada en sólo unos momentos de terreno. Esa misma realidad que para nosotros puede parecer informe, no lo es para don Matías. Todo lo contrario.

Tengo para mí que lo más decidor es que don Matías, mediante el ejercicio de las cabañuelas, base seria para tomar decisiones, se está revelando a sí mismo en cuanto campesino. En virtualmente todas sus proyecciones. Recrea, para el que pesquise, su autoretrato intelectual.

Para trascender lo anecdótico en el terreno, habrá tantas fórmulas como estudiosos. Por mi parte, he llegado a considerar a don Matías como uno de mis maestros y no necesariamente por lo que aprendí de las cabañuelas en cuanto tales, sino porque me invitó a compartir su mente, a entender el procedimiento y los materiales de su modo de pensar. En su caso el que es propio del campesino modal: un hombre en que la cabeza que percibe o decide y las manos que ejecutan, pertenecen a una misma persona.

Encuentro que significó, entre otras posibilidades, ampliar o completar mi percepción del sujeto campesino. Es decir, la comprensión de un campesino por dentro. Sin aceptar esa invitación, para mí, la observación habría sido meramente instructiva y, por supuesto, igualmente inolvidable. Aunque de menor rinde, como dicen nuestros campesinos.

Penetrar en la mente de don Matías fue como acompañarlo en el interjuego intelectual de sus percepciones frente al mundo natural y el social/cultural. Porque las cabañuelas, como hemos dicho, son de necesidad globalizadoras: ponen en juego y traen al escrutinio de la observación, una síntesis de prácticamente todo lo que un campesino es o sabe. Para él, la aprehensión de lo natural tendrá siempre el sesgo que emana de ser un sujeto social, en una localización específica y precisamente en una época determinada, en que juegan tanto la historia, como asimismo una cultura moldeada por esa historia, afincada en un conocimiento probado del medio ambiente circundante.

Al observar a don Matías llegamos a ser testigos de una instancia clave de recampesinización, estamos frente a un sujeto social que, por decirlo así, renueva sus votos, revalida su condición campesina. Ya que no todos los campesinos llegan a tener esa base de compulsión para sus opciones, el que toma en serio sus cabañuelas es un usuario privilegiado de su propio conocimiento. Un participante consciente, sabio, en el "entorno retorno" de los ciclos de la naturaleza y de la producción.

Don Matías nos enseñó que en las cabañuelas, además de sus percepciones de ciencia campesina, intervienen otras observaciones y aquella del mes que se intenta pronosticar. Pero las representaciones mentales, que le dan sentido de realidad completa, son las intrincadas representaciones de sí mismo, de su familia, de su comunidad. Éstas no pueden ser separadas del cómo aprecia sus opciones frente al consumo, el mercado, la sociedad externa. Que estas opciones sean limitadas, no es por su culpa. También sabemos que no logran inhibir en él su condición de sujeto activo en la sociedad, en la historia.

Mediante las cabañuelas, ha dado un paso decisivo que ciertamente no es ni será el único, en su propia constitución como sujeto social. En este estado o condición se ofrece al escrutinio de los investigadores sociales. Será asunto de ellos aprovechar o desechar esa riqueza.

Para mí, no olvidaría que los campesinos no son portátiles y que no es viable, mediante un mero ejercicio intelectual, por legítimo que nos parezca, aislarlos del rico, complejo entorno por ellos definido. Desdeñando, porque no tiene cabida en nuestras disciplinas, tanto de lo que él escoge para definirse a sí mismo..

Notas Bibliográficas

¹*El mito del eterno retorno*. págs. 65-66.

²Foster, George M., *Cultura y conquista. La herencia española de América*, págs. 115-116.



[Regreso al índice de esta edición](#)

